School of Theology at Claremont

## E LA MEJOR

LIBRERIA PAREKA



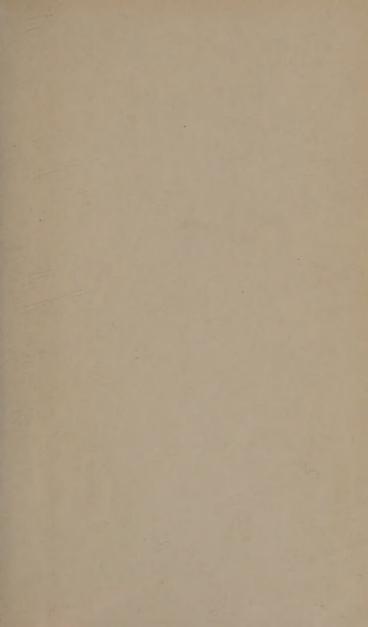
#### Theology Library

## SCHOOL OF THEOLOGY AT CLAREMONT

California

From the library of

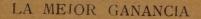
HOWARD BREEDING

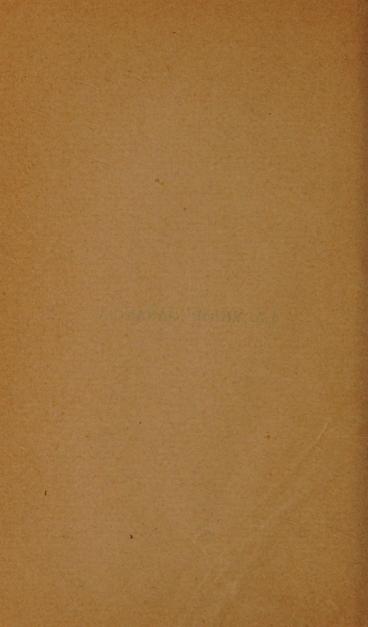












## LA MEJOR GANANCIA

POR

#### RODOLFO WALDO TRINE

Ultima obra publicada por el autor de

La Ley de la vida.—El credo del caminante.—El respeto a todo ser viviente.—En Armonia con el Infinito.

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

LIBRERÍA PARERA

Fortuny 6, 1.º — Barcelona

# Theology Library SCHOOL OF THEOLOGY AT CLAREMONT California

Es propiedad del editor

#### PREFACIO DEL EDITOR

Apenas publicado en lengua inglesa este nuevo libro del ilustre pensador cuyas obras infunden
bienestar espiritual y sosiego de ánimo a cuantos
luchan y sufren en esta vida, he creido cumplir
un capital deber de humanidad, ofreciendo a
los creyentes de los países hispano-americanos la
versión española, que espero acogerán con el mismo entusiasmo que las demás obras que de Rodolfo Waldo Trine he publicado, entre las cuales
sobresale «En armonía con el Infinito» de la que
van ya publicadas tres ediciones en pocos años.

Miguel Farera



#### CONCEPTO DE LA VIDA de de de



#### CONCEPTO DE LA VIDA

¿ Quién es el necio y loco? ¿ El optimista que todo lo ve rosado, brillante, fácil, alegre y atractivo o el pesimista a quien todo le parece tenebroso, complicado e inseguro? ¿ Qué fundamento tienen las halagüeñas esperanzas del optimista? Respondan quienes trocaron el temor, el recelo y la desesperación, con su frecuente séquito de dolencias corporales, por paz, salud, vigor y renovada fortaleza, es decir, que se iniciaron en otra vida más atrayente con admiración de ellos mismos y de sus amigos y conocidos.

¿ Será esto pura fantasía? Entonces fuera envidiable facultad la fantasía, sobre todo si tenemos en cuenta el gran número de casos comprobatorios de nuestro aserto, que no se contraen a gentes de peculiar modalidad de pensamiento

y conducta, sino a personas de toda edad, sexo, cultura y posición social. ¿ Proviene acaso de la diferencia de temperamento el que a unos les parezca la vida tediosa, obscura y estéril y a otros les parezca jubilosa, brillante, rectilínea y fructífera? Si así fuese ¿ qué fuerza alcanza a transmutar o alterar tan hondamente el temperamento?

Uno de los principios de la que pudiéramos llamar filosofía optimista, se encierra en la siguiente máxima: «Si te es posible mejorar de condición, mejórala; si no, olvídala.» ¿Esto es filosofía sana o locura insana?

Llamo optimista al hombre enérgico y de buen sentido, en contraposición al hombre negligente o al que con atropellada premura se empeña en tocar el cielo con las manos.

Decía Browning:

«Quien nunca vuelve la espalda, sino que anda siempre pecho adelante, no duda jamás de que se desgarrarán las nubes, y nunca teme, aunque la justicia padezca y la injusticia triunfe. Las caídas son para él puntos de apoyo que le incitan a pelear con mayor ardimiento y a despertar de su sopor.»

De Samuel Johnson:

«La costumbre de mirar las cosas bajo su más luminoso aspecto es más provechosa que mil años de experiencia.» De Lowell:

«Tengamos buen ánimo al considerar que los infortunios más acerbos son los que nunca nos sobrevienen.»

De Chesterton:

«El optimista es más hábil reformador que el pesimista, pues quien diputa la vida por excelente es el que más hondamente la modifica.

¿ Cabe calificar de locos a estos pensadores? Por otra parte, considerando el asunto más de cerca ¿ tiene el optimista algo que no pueda también tener el pesimista?

Personalmente creo en el absoluto imperio de la ley, y sobre todo en la ley de causa y efecto; así como también creo que la vida se desenvuelve de dentro a fuera, y que por lo tanto, tal como sea en el interior se manifestará en el exterior.

Un mi amigo, acostumbrado a ver muchas miserias y sufrimientos de cuerpo y mente, cuyo horror sumiría en el escepticismo a los más animosos corazones, decía: «Al fin y al cabo bueno es que cada cual tenga un poco de filosofía en su vida, pues ocasiones habrá en que le ponga en buenas manos.»

¿ Dónde hay una filosofía verdaderamente valiosa que la generalidad de las gentes sean capaces de comprender; una filosofía de activa eficacia para el bien? Si a juzgar fuéramos por los sistemas filosóficos y religiosos militantes en el mundo, parece que nadie necesita nada en este particular; pero si bien se mira, son dichos sistemas tan complejos y están de tal modo entremezclados con otras cosas, que sus elementos de vital actuación se obscurecen y desmayan hasta el punto de no allegar provecho alguno a la mayoría de las gentes.

Indudablemente hay muchas personas en contristada necesidad de un más sencillo sistema que entresacara la vitalidad aprovechable del abundoso verbalismo y de la gran masa de materias extrañas que la sofocan. A mi entender, el mejor mecánico es el que continuamente está a la mira de simplificar los magníficos modelos de la maquinaria moderna, para eliminar todos aquellos órganos de no absoluta necesidad en el funcionamiento cinemático. De la propia suerte opino que en filosofía, en religión, en jurisprudencia social tiene positivo valor todo cuanto provechosamente pueda aplicarse a los asuntos y problemas de nuestra vida diaria; pero cuanto no pueda tener esta provechosa aplicación, no sólo carece de valor, sino que es perjudicial, porque nos aleja de las vitales fuerzas y leyes que realmente actúan. A mi juicio, la filosofía y la religión se parecen mucho y en cierto modo son idénticas cuando se las considera bajo un aspecto no demasiado científico, y también ofrecen la misma analogía al mirarlas desde el punto de vista de su *utilidad práctica*.

Leía yo en la edición dominical de un importante periódico el extracto de un elocuente sermón en que el predicador abogaba vehementemente por la conveniencia de someternos a la verdad y a la religión; pero como en ningún pasaje del sermón explicaba el predicador lo que entendía por verdad y religión, me atrevo a decir que para el noventa y nueve por ciento de los oyentes fué el sermón de tan poca utilidad como a mí se me figuraba.

Dícese que el secreto de la vida está en el orden y en la armonía. Si así lo admitimos, cabe preguntar: ¿hay alguna verdad céntricamente capital con la que podamos ordenar y armonizar nuestra vida diaria? ¿Hay alguna verdad primordial a que podamos ajustar nuestra conducta?

Dijo uno de los más insignes instructores del mundo:

«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.»

¿ Hay alguna verdad axiomática que por lo universal todos puedan aceptar y a que todos puedan condicionar su conducta?

Creo profundísimamente que el optimista tiene algo de que el pesimista carece, esto es, el buen sentido que le condujo al descubrimiento de dos importantísimas verdades: 1.ª Que hay una ciencia del pensamiento. 2.ª Que la vida humana es de naturaleza divina y puede alcanzar facultades muy superiores a las del hombre ordinario.

## CREADORA DEL PENSAMIENTO



## LA POTENCIA CREADORA DEL PENSAMIENTO

¿ Qué entendemos por ciencia del pensamiento? Su principio fundamental consiste en que los pensamientos son fuerzas, que cada cosa engendra y atrae a su semejante y que dominar el pensamiento es por lo tanto determinar la conducta.

Un pensamiento definidamente activo es una fuerza, como lo son la electricidad y toda vibración cuyas distintas modalidades producen otras tantas fuerzas. Los pensamientos tienen forma, cualidad y fuerza, según demuestra la psicología experimental, por más que hasta ahora tan sólo los conociéramos por sus efectos e influencias y no por sus cualidades. Conocemos ya gran parte de los efectos del pensamiento en la adquisición de hábitos, formación del carácter y funciones del cuerpo, así como hemos descubierto ciertas

leyes primordiales respecto de su influencia en otras gentes. Estamos ya en la etapa de la «construcción científica de mente y cuerpo» por la eficacia del pensamiento. Así somos cada uno de nosotros la propia causa de nuestros propios efectos. Necesariamente se infiere, por lo tanto, que lo exterior será inevitable manifestación de lo interior.

El pensamiento esperanzado y optimista, por mucho que se vigorice, está siempre en posibilidad de acrecentar su energía y nos ayuda poderosamente en todo cuanto nos proponemos hacer, así como también influye de eficacísima manera en la salud, fuerza y vigor de los órganos y funciones del cuerpo. Es el tipo de pensamiento que pudiéramos llamar de normal y creadora naturaleza. Por otra parte, hay el tipo de pensamiento temeroso, vacilante y negativo que entorpece nuestras energías, nos roba de antemano el éxito de cuanto intentamos, así como también influye depresiva y morbosamente en los órganos del cuerpo y sus funciones. Cabe comprobar científicamente que el hombre es tal como piensa. Cualquier modalidad de pensamiento atrae a sí elementos invisibles que le robustecen de conformidad a su índole y favorecen su actuación en hecho.

Rige en el orden mental una ley que empieza a sernos conocida y pudiéramos llamar de la

«atracción de la mente». Tanto del aspecto visible como del invisible de la vida estamos continuamente atrayendo influencias y condiciones afines a nuestros habituales pensamientos. Dice un viejo adagio que «siempre se juntan las aves de un mismo plumaje» y sucede así porque cada cosa atrae a su semejante. En consecuencia, dominar el pensamiento equivale no sólo a determinar la propia vida, sino además la de cuantas personas con quienes directamente nos relacionemos. El pensamiento esperanzado y confiante en el éxito, nos lo allega, y con él la influencia de todos aquellos en quienes predomine el mismo tipo de pensamiento. Así ellos nos auxilian al paso que de nosotros reciben auxilio, y lo mismo que damos recibimos.

No solamente están determinadas nuestras acciones por la índole de nuestros pensamientos, sino que también determinan la influencia que ejercemos en los demás. Cuantos se ponen en relación y contacto con nosotros quedan influídos invariablemente, aunque muchas veces sin darse cuenta, por nuestros predominantes tipos de pensamiento. Si alentamos la esperanza, la infundiremos, pues de nosotros irradiará la esperanza, el valor y el ánimo. Si tenemos sentimientos de amistad, benevolencia y auxilio resumidos en el amor, despertaremos las mismas emociones en los demás y de ellos recibiremos a nuestra vez

el mismo linaje de vivificadoras y activas fuerzas mentales. Por lo tanto, es científicamente verdadero que lo que un hombre da, aquello mismo recibe.

Todos estamos influídos, ya consciente ya inconscientemente, por los estados mentales y emotivos predominantes en las personas de nuestro trato. Así dijo Beecher:

«Hay personas tan animadas, festivas, amables y placenteras, que instintivamente notamos el bien que de ellas recibimos. Cuando entran en un salón, parece como si se encendiera una lámpara.»

Si analizamos detenidamente lo que se llama magnetismo personal, veremos cómo es la manifestación de puros, positivos, cariñosos, simpáticos y auxiliadores pensamientos que poco a poco fueron educiendo ciertas cualidades en quien los mantuvo y cuyo influjo sienten cuantos con él se relacionan. Nunca ví dotados de «magnetismo personal» à los hombres de pensamientos negativos, recelosos, zaheridores, egoistas e interesados.

Si somos mezquinos y reparones, excitaremos en los demás la misma índole de pensamientos criticones y ruines. Si odiamos, inspiraremos odio que sobre nosotros recaerá con sus abrumadoras y mortíferas cualidades. Si envidiamos a quienes cumplen loables acciones, sofocaremos nuestras fuerzas interiores que debidamente actualizadas y acrecidas nos capacitarían para llevar a cabo las mismas obras que envidiamos y suprimir por lo tanto la causa de la envidia. Si amamos, inspiraremos amor cuyas cálidas, ennoblecedoras y realzantes influencias recibiremos. En cambio, entorpeceremos y retardaremos el adelanto de aquellos a quienes mantengamos en pensamientos de flaqueza y fracaso, que asimismo entorpecerán y retrasarán nuestros propios esfuerzos.

«Si no os desanimáis, realizaréis vuestro propósito», decía Stevenson, acaso inconsciente de la ley que con ello afirmaba. También la exponía tal vez inconscientemente la señora Wiggs al decir:

«Cuando sufrí los primeros contratiempos exclamé: «¡Oh! Dios mio. Sucédame lo que quiera, no me dejes caer en amargura.» Desde entonces me he acostumtrado a hundir mis pesares en el fondo del corazón y poner la sonrisa en los labios... Un pensamiento me basta para alejar de mí la tristeza.»

Quien no se deja vencer por la contrariedad tiene asegurado el éxito, y en cambio los que al primer sinsabor se amilanan son los mayores obstáculos para ellos mismos y para el prójimo. Porque ciertamente quedan muchos influídos, y en general mal influídos, por el inseguro, exci-

tante y estéril tipo de pensamiento que como una atmósfera emana de estas gentes. Pero el hombre que ha de triunfar al fin, sella los labios y manteniéndose en interna calma mira hacia adelante valeroso y confiado en la victoria cuando parecen desvanecerse las ilusiones.

Además hay muchas gentes que de su alrededor alejan la dicha por atender demasiado a menudencias en vez de cuidar de las cosas fundamentales, cual cumple al hombre de claro criterio. Ricos tesoros de paz y armonía pierden no pocas familias por no percatarse de este hecho. Miles de padres y más todavía de madres se hubieran evitado muchas horas de insanas y estériles amarguras de tener en cuenta esta verdad en la educación de sus hijos.

El temor y el tedio son los más declarados enemigos del esfuerzo humano, los impíos asesinos de nuestra felicidad. Siempre van juntos el temor y el tedio, como hermanos mellizos, con quienes no es posible ganar nada y sí perder mucho. El temor entorpece siempre los normales y saludables esfuerzos del hombre y muchas veces llega al extremo de invalidarlos por completo, así como también paraliza las energías funcionales del cuerpo.

Lo mismo puede decirse de la nociva influencia del tedio en la humana actividad y en las funciones orgánicas, aunque respecto de éstas obra más bien como ponzoña corrosiva que como agente paralizador o neutralizante. Si algo fuera posible ganar con el temor y el tedio, habría razón para que tan universalmente extendidos estuviesen en la humana vida; pero cuando del todo nos convenzamos, como están convencidos los discretos, de que nada se gana sino que todo se pierde con tales emociones, veremos cuan deprimente e insensato es alimentarlas.

Hay en nuestra época por doquiera muchísimas gentes que esclavas y onerosamente tributarias del temor y el tedio harían muy bien en desecharlos, y en vez de hundirse más y más bajo su influencia, orientarse con derecho rumbo hacia un punto donde quedaran para siempre atrás tan morbosas influencias. No siempre es posible extirpar radicalmente una costumbre; pero preciso es advertir que quien es juguete de variados impulsos lo continuará siendo mientras no tome la dirección del punto a que desee llegar.

El secreto de toda humana empresa consiste en seguir con perseverancia el camino recto, sin preocuparse ni desalentarse por las frecuentes caídas durante la marcha.

Tan corrosivos son el temor, el tedio y demás estados análogos de la mente, que nadie debería rendirse a ellos ni siquiera ceder en lo más mínimo a su influencia, porque crecerán en razón directa de nuestra debilidad y se desvanecerán si con determinación los resistimos.

Hay muchísimas gentes que, sin darse cuenta, sufren achaques corporales derivados de estos dos azotes de la salud y por lo tanto de la dicha humana. El temor paraliza invariablemente la acción salutífera; el tedio corroe y destruye el organismo. Y aunque no sean siempre rápidos sus efectos, no dejan nunca de influir ponzoñosamente en el organismo.

El continuado pesar por una pérdida real o aparente acarrea las mismas consecuencias. La cólera, la envidia, la malevolencia o cualquier otra siniestra emoción largo tiempo sostenida, producirán análogos resultados, porque cada una de ellas tiene su peculiar propiedad corrosiva, ponzoñosa y disolvente. Toda disposición de ánimo motivada por una idea fija, punzante y de continuo alimentada ocasionará iguales efectos.

Prudente es quien desde luego se resuelve a separarse de la compañía de estos dos mellizos. Son siniestros camaradas que nunca nos ayudan ni por nosotros trabajan, sino que siempre llevan veneno en sus zurrones. ¿ Por qué no despedimos a los negros mellizos? Despidamos al temor y al tedio y abriendo puertas y ventanas a la esperanza y a la fe, engendradoras del valor de que deriva la normal acción salutífera, hermanémoslas con el esfuerzo rectamente dirigido a

lograr la completa reforma y aun la radical transmutación de nuestro carácter en los doce meses de un año. ¡Y pasa tan pronto un año!

Cierto que hay en la vida problemas árduos, circunstancias difíciles, vicisitudes apesadumbrantes y aun trágicas; pero por lo mismo que pueden sobrevenirnos, debemos proveernos de las mejor templadas armas para darles en rostro, sobreponernos a ellas, y después de vencidas, olvidarlas. Fe, esperanza, valor y júbilo son las armas que necesitamos para triunfar de las pruebas y convertirlas a nuestro bien, aprovechándonos de su experiencia con el olvido de cuanto de angustioso tengan.

Las circunstancias de la vida determinan si el hombre que con ellas lucha es de cuerpo entero y plantea con buen criterio los problemas de conducta. Por espinosos que estos sean, siempre es más llevadera la vida del hombre jovial que mira las cosas por su aspecto luminoso y prefiere la luz a la sombra. El «lubrificante de la alegría» facilita la obra y despierta la misteriosa influencia que de nosotros brota para ayudar al prójimo a resolver sus problemas, pues a veces nos sirven de auxilio las tribulaciones del prójimo. La benevolente, esperanzada, optimista y valerosa disposición de ánimo actualiza sutiles y sigilosas pero potísimas fuerzas que ope-

ran en nuestra misma dirección y nos desembarazan el camino del éxito.

Hay fuerzas que obrarían continuamente en nuestro favor si tuviéramos el acierto de descubrirlas y actualizarlas, pues siempre están esperando que las utilicemos en cuanto tengamos la suficiente comprensión para reconocerlas y apropiárnoslas.

Decía Alcott:

«Considero como parte de mi religión entresacar lo más gozoso de la vida y no hacer caso de lo aflictivo.»

Abundan hoy en el mundo los héroes anónimos cuyo mérito supera al de los caudillos militares porque un caudillo no lucha de continuo en la batalla que dirige. Hay hombres atareados en la resolución de problemas muchas veces angustiosos y de difícil planteamiento, que no obstante luchan valerosamente con la sonrisa en los labios, aunque su corazón esté triste, y nada o muy poco dan a entender de sus penas, porque son demasiado hondas o porque se guardan de apesadumbrar egoistamente con sus tribulaciones a los demás.

Es preciso no amilanarnos nunca, aunque a veces tropecemos y caigamos. Así decía Marco Aurelio:

«No os desaniméis ni os pongáis de mal humor porque en algunos casos particulares no corresponda la práctica a la teoría. Si fracasáis, comenzad de nuevo y regocijaos de que la mayor parte de vuestras acciones sean dignas de la naturaleza humana. Haced con gusto lo que nuevamente emprendáis tras vuestro primer fracaso y no lo miréis con la mala voluntad con que el escolar mira a su maestro.»

Y dice Horacio:

«La mente siempre gozosa no teme las vicisitudes del porvenir y afronta con plácida sonrisa las más amargas contrariedades de la vida.»

Análogamente dijo Aristóteles:

«El sufrimiento es placentero cuando se sobrelleva con resignación dimanante de alteza de pensamiento y no de dureza de corazón.»

San Francisco de Sales tuvo presente uno de los más capitales principios de la vida al decir:

« No te preocupes de lo que pueda sucederte mañana, porque el mismo eterno Padre que hoy cuidó de tí, cuidará de tí mañana y todos los días. O bien te preservará del sufrimiento o bien te dará fuerzas para sobrellevarlo. Por lo tanto, mantente en paz y desecha toda preocupación y todo pensamiento angustioso. »

Ya empezamos a darnos cuenta de que la felicidad es un deber, y quien se cree desgraciado es porque le falta valor o porque no acertó a comprender los principios de la vida ni a reconocer sus fuerzas operantes. La felicidad es natural y normal condición de la vida, y por lo tanto, algo siniestro hay en el hombre que por infortunado se diputa y en cuya vida no prevalece la felicidad. Un hombre así no sólo falta a los deberes consigo mismo, sino también a los que con sus semejantes tiene, pues más bien es impedimento que auxilio en la común jornada.

Dijo Stevenson:

«Vale más un hombre feliz que un archimillonario, porque el hombre feliz es un radiante foco de benevolencia, y al entrar en un salón parece como si se encendiera una lámpara. No nos importa que el hombre feliz no sepa defender una tesis filosófica, pues hace algo mejor todavía: demuestra prácticamente el grandioso teorema de la aptitud para la vida.»

Pero si cuidadosamente inquirimos, veremos que a pesar de sus flaquezas es digna de admiración la naturaleza humana. La esperanza, el valor, la simpatía y la confianza son fecundas virtudes que auxilian poderosamente al hombre en el cumplimiento de su deber y en el logro de sus empresas. Así dijo Amiel:

«No os desalentéis ni entibiéis vuestro fervor. Sed pacientes, compasivos y cariñosos. Buscad flores en capullo y corazones abiertos. Esperad y amad. Confiad en Dios. Tal es vuestro deber.»

La filosofía optimista debidamente compren-

dida no enseña ni mucho menos que la vida sea una fiesta continua sin discordancia en su cotidiana música, sin problemas por resolver y pan por ganar y cuerpos rendidos de fatiga, sin pesadumbre que compartir con parientes, amigos y vecinos. Sus enseñanzas se contraen a buscar el mejor aspecto de las cosas, con esperanza de descubrirlo y resolución de no abandonarnos al temor y al recelo para quedar temblorosos y desesperanzados cuando surja el problema y se presenten las circunstancias angustiosas, cuando sea preciso comenzar algún penoso trabajo o cuando nos entristezca la privación de bienes de fortuna. También nos enseña la filosofía optimista a no mostrarnos sordos a los gritos de angustia del prójimo, sino por el contrario escucharlos con atento oído. Nos proporciona eficaces armas para luchar con las adversas circunstancias que puedan sobrevenirnos y convertirlas a nuestro bien. Si aceptamos una filosofía que reconoce la siempre actuante ley de causa y efecto o de causalidad, contrariamente a la casualidad, nos convenceremos de que todo cuanto nos sucede tiene necesaria importancia en nuestra vida y que por lo tanto debemos recibirlo de modo que nos allegue el mayor provecho.

Por mi parte creo que nada sobreviene casualmente, sino que todo ocurre de conformidad con la ley, aunque muchas veces no acertemos a descubrir la causa de aquel determinado efecto. Además, opino que todo cuanto nos sucede
nos debe suceder, porque tiene su influencia y
eficacia en nuestra vida; y si generalmente no
nos percatamos de que así sea, día llegará en
que nos alegremos de cuanto nos haya sucedido.
Si pudiéramos mantenernos en esta disposición,
nos sería fácil resistir y vencer la violencia de la
adversidad cuando sobreviniese, y quedarían mil
veces centuplicadas nuestra fe, intuición y energía para resistirla y aprovecharla.

Si fuésemos más indulgentes al juzgar al prójimo, seríamos también más indulgentes con nosotros mismos. ¿Acaso mis caídas y errores me han puesto en situación de entremeterme en la conducta del prójimo ni en contar las veces que resbaló, tropezó y cayó como yo resbalé, tropecé y caí? Vale más complacerme en que mi prójimo se convierta al recto camino y se esfuerce en mantenerse en él. La prudencia nos aconseja que al caer no persistamos en la caída más tiempo del necesario para aprovechar la lección lo más prontamente posible y seguir adelante de modo que la caída nos sirva de punto de apoyo para renovados y más vigorosos esfuerzos, pues como alguien ha dicho admirablemente, los únicos que no tropiezan y caen son los gusanos.

Todos hemos de procurar ser sumamente caritativos con el prójimo, al considerar que todos

hemos tropezado y caído y alguna vez de bruces. En esta consideración tendríamos anchurosa base para el ejercicio de la altísima virtud de la caridad. Mientras nos hallemos en nuestro imperfecto estado actual hemos de ser muy parcos en juzgar al prójimo, pues fuera hipocresía lo contrario y por lo tanto neciamente procedemos cuando condenamos a otro. Se ha dicho que no siempre es fácil hablar con acierto; mas para no decir necedades basta el silencio. Necesitamos ayudarnos recíprocamente en la vida cotidiana, pues quien ayuda denota sabiduría al difundir la vida individual en las vidas circundantes.

Bien está que cada quién trabaje en su propio provecho; pero no lo alcanzará cumplido mientras no se interese activamente y no tan sólo por puro sentimentalismo en beneficio y provecho de cuantos a su alrededor vivan.

Dice un proverbio indo: «Ayudaste a tu hermano a bogar en el bote y mira cómo has alcanzado la orilla opuesta.» Hemos de procurar no sólo el bien individual, sino el bien general, y únicamente quien así lo hace logra su mayor provecho. Decía Eben que quien todo lo quiere para sí no puede disfrutar de lo que adquiere.

Una de las leyes capitales de la vida es la donación a que llamamos servicio, pues el que a los demás prestemos es tan esencialmente provechoso para nuestra verdadera felicidad y mayor beneficio como si trabajáramos para nuestro bien individual. Ningún hombre vive solo y nadie *puede* vivir para sí solo. Contra tamaño egoismo se alza desde tiempo inmemorial la ordenación del universo. Ningún hombre halló la felicidad al buscarla directamente, pues nadie la halló ni la hallará jamás por este medio que estaría en oposición a las leyes del universo.

Así dijo Carlos Kingsley:

«¡Oh! amigos míos. Si entre las angustias y trabajos del mundo os llega un pensamiento de auxilio al prójimo, realizadlo al punto, porque si lo diferís un solo día será demasiado tarde.»

Puede un hombre allegar con su personal esfuerzo multimillonaria fortuna, como así lo hicieron algunos de baja condición social, que no merecen por ello el título de insignes, justamente conferido tan sólo a quienes se emplearon en el servicio del prójimo. El hombre que únicamente procura su engrandecimiento no lo alcanza jamás. En cambio, el hombre que convierte su mente y su corazón a cuanto pueda beneficiar a sus semejantes, se ve elevado algún día por silenciosos votos al alto asiento de su grandeza. Así no hemos de buscar directamente la felicidad, pues siempre nos llegará por mediación de la capital ley de simpatía, solicitud y consideración hacia el prójimo. Nunca hallaremos la verdadera felicidad si de propósito la buscamos. La desinteresada solicitud en los cuidados ajenos hermosea, dilata, intensifica y por lo tanto alegra dichosamente la vida, cuya belleza y poder aumentan en proporción al interés que nos tomemos por el beneficio y felicidad del prójimo. Nunca son verdaderamente felices los dolosos, mezquinos, miserables egoistas y avaros que, como dijo Enrique Drummond, siempre van por andurriales. Unicamente se bien encamina el hombre de corazón abierto, compasivo y siempre dispuesto a tender su auxiliadora mano.

La alegría por los ajenos triunfos no sólo denota magnanimidad sino merecimiento de otros iguales triunfos; y si quien la siente no los alcanza en los dominios del arte o de la fortuna material, sí los obtiene en el más difícil arte cual es el de vivir. También triunfa quien por propios incorpora a su vida el gozo y la dicha de los demás. La mitad de las personas del mundo se aliviarían y la mitad de sus agobios se alijerarían si todos armonizáramos nuestra conducta con la profunda y sencilla expresión de Emilio Dickinson cuando dice:

«Tal vez no me necesite nadie; pero, por si acaso, tengo siempre dispuesto el corazón. Todos necesitan una sonrisa tan leve como la de mis labios pueda ser».



## EL MODO DE VIVIR to to se se



## EL MODO DE VIVIR

A mi entender, una de las principales causas de que haya tan pocas gentes felices y contentas está en atender absorbentemente a muchas cosas que son simplemente medios, en vez de atender a los fines. No quiere decir esto que no tengan importancia los medios, sino que no dejan de ser medios, y por lo tanto de importancia secundaria. Cuidamos más de establecer e intensificar los medios de vida que de la vida misma, a pesar de que la vida en sí, esto es, el modo y no el medio de vida es lo de mayor importancia.

Continuamente residimos en los pisos bajos de nuestro sér, sin percatarnos de los tesoros yacentes en los pisos superiores. Algo hay en la más íntimo de nuestro sér que continuamente nos señala hacia arriba. Si atendemos su indicación y voluntariamente la seguimos, halla-

remos nuevos placeres y dichas y satisfacciones muchísimo mejores y más duraderos que cuando residíamos en los bajos. Pero si no somos lo bastante avisados para ir de grado hacia arriba, habremos de subir a la fuerza. Nada hay comparable a disfrutar en vida de la suprema felicidad.

Nuestra negligencia nos arrebata las perdurables satisfacciones y trascendentales bellezas de la vida con todas sus posibilidades de expansión y acrecentamiento subyacentes en la naturaleza superior de nuestro sér, según la inmutable ley que lo rige. Por lo tanto, sabios y felices a la vez seremos si nos cuidamos más de la vida en sí misma que de absorbernos en sus meras contingencias.

¿ Qué atractivo tienen los nombres de Emerson, Lincoln, Whittman, Drummond, San Francisco de Asís y Enriqueta Beecher Stove para que instintivamente convirtamos a ellos la atención? Que ante todo cuidaron de la verdadera vida.

Decía un notable predicador en una reunión de comerciantes:

«Hay muchas maneras de negociar en este mundo, pero sólo hay un negocio. El gran negocio para el hombre es vivir rectamente. No basta el ansia de remuneración ni el acopio de dinero ni la derrota de los rivales ni el cumplimiento del propio gusto. Es necesario asimilar al carácter todo cuanto de bueno nos rodea. Es necesario formar en nosotros el hombre... El nombre de Emerson sobrevivirá entre los de millones de hombres; pero ciertamente que cada cual se erigiría un monumento eterno si hiciese su nombre sinónimo de honor, justicia y fraternidad.»

Verdaderamente, los hombres de la época hemos perdido el sentido de proporcionalidad, justeza y equilibrio, por lo que nadie negará la verdad expuesta en el siguiente pasaje:

« Nos ocupamos en variadísimos asuntos que nos tienen siempre perplejos y sometidos al ímpetu de los acontecimientos. ¿ Cuándo echaremos de ver la demencia de esta actividad y su falsía respecto de nuestro supremo bien?

» Muchísimas gentes han perdido en América el espíritu de ponderación por lo que atañe al ejercicio de su actividad. Creemos que los únicos hombres laboriosos son quienes continuamente están haciendo algo práctico; por esta razón, desde el punto de vista material, hasta los labriegos de las más remotas aldeas de Europa oyen hablar de las múltiples industrias norteamericanas. Pero tan glorioso progreso material ¿no ha obscurecido el profundo y valioso concepto de la verdadera vida? ¿ No hemos olvidado que los bienes perdurables son fruto del

desenvolvimiento de la vida interior? Muchos de nosotros tiramos la almendra y nos quedamos con la cáscara. Según sean los individuos, así será la nación.» (I)

Razón tenía Emerson al decir que todo pregona la vanidad de lo contingente y que sólo el hombre verdadero es lo necesario.

Por el canal que abramos en nuestra mente fluirá la acción, porque siempre la acción obedece al pensamiento. Así se ha dicho que al hombre se le conoce por asimilación, es decir, que descubrimos el tipo y calidad de su carácter por la calidad y tipo de cuanto se asimila. Hombre vulgar es el que lo vulgar se asimila, entendiendo por vulgar las cosas puramente materiales de la vida, como los honores, dignidades, empleos, palacios, heredades, negocios, comidas y vestidos que si bien tienen su importancia, a menos que el hombre las trascienda en mente y espíritu, de suerte que no cifre en ellas toda su estimación y dicha, será un hombre vulgar y por tal le tendrán cuantos le conozcan. Hombre vulgar es el multimillonario incapaz de estimar ni disfrutar lo que está mucho más allá de sus millones.

¡Ilusos quienes creen que en la riqueza y abundancia de bienes materiales consiste la felicidad!

<sup>(1)</sup> Gualterio A. Dyer: La más valiosa vida.

El incomparable escritor contemporáneo Eduardo Carpenter dijo a este propósito:

«La vida es un arte delicadísimo. Uno de sus principales requisitos es que no debemos poseer más muebles, criados, casas, tierras, rentas, amigos y conocidos de los que realmente podamos tener, sin que esto suponga obligación de tenerlos. Hemos de prescindir de todo necio boato. Para que nuestra vida sea fructífera, no necesitamos amontonar sobre ella trastos inútiles ni rellenarla de cosas frívolas o tal vez nocivas.»

La vida es algo más interesante que los bienes materiales, y así resultan más útiles para el mundo y para sí mismos los hombres atentos al perfeccionamiento de su conducta, que los absorbidos en los negocios mundanos. Sobre el caso decía un eminente jurisconsulto:

«Pondero vehementemente el acrecentamiento de la vida mental, porque estoy convencidísimo de su excepcional influencia en las instituciones sociales y en el bienestar de los individuos. Con la vida mental está indisolublemente relacionado el éxito en ciencias, artes, literatura y política. Los focos y santuarios de las más potentes influencias no están en las ricas e industriosas urbes. La aldea de Concord, donde vivieron Emerson, Hawthorne, Alcott y Thoreau fué en su tiempo, y por mucho lo continuará siendo,

una fuerza incalculablemente superior en este país a las de Nueva York y Chicago juntas. Podemos estar segurísimos de que contra el gobernante prevalece siempre el pensador.»

Ciertamente admirable es la habilidad del hombre que amasa una fortuna. Es una habilidad tan valiosa como la administrativa y hacendística, pero aquí se detiene y deja al hombre medio hecho, por decirlo así, con notoria pérdida para la nación y para sí mismo. El mundo necesita habilidad todavía más espléndida. Unos cuantos hombres dotados de esta mayor habilidad v distribuídos por diversos pueblos, ciudades y países podrían influir eficacísimamente en el progreso de la humanidad si aplicaran a este noble fin sus energías con tanto empeño como las aplican a los negocios industriales y mercantiles. Confieso digna de admiración, por lo interesante y fascinadora, la aptitud para las próceres empresas; pero en último término, los barcos, ferrocarriles, cheques, recibos, facturas y talonarios son cosas inanimadas e insensibles que no pertenecen a la verdadera vida y muy luego habremos de dejarlas.

Todos tenemos proporción de experimentar el intenso gozo, superior a otro alguno, de emplear nuestra actividad en la satisfacción de las necesidades humanas en beneficio del mundo. En vez de excedernos en los negocios mercantiles, abusando do nuestras energías como los hombres vulgares que se complacen en lo transitorio y perecedero, hemos de preferir algo distinto y más atrayente y duradero para incorporarlo a la vida individual y colectiva.

No halla profunda y perdurable satisfacción el hombre que enteramente se absorbe en negocios y empresas de gran empuje, por muy señalados triunfos que logre en ellos, si aquí se detiene y nada más hace que denote si del todo triunfó y si verdaderamente es rico o pobre.

Dice Juana Addams:

«Nada hay que amortigüe tanto las simpatías y aminore el poder de la dicha, como el persistente desdén de las favorables ocasiones de auxiliar el prójimo y la continua ignorancia de las tremendas luchas que por la vida han de sostener la mitad de las gentes.»

El hombre dominado por sus negocios no difiere gran cosa del que lo está por la bebida. Es una de tantas manifestaciones de la flaqueza humana. Es sencillamente una especie de obsesión. En verdad nos irán esclavizando los hábitos contraídos, sin que de ello nos demos cuenta, a menos de mantener el espíritu de armonía y equilibrio en nuestra conducta.

La humanidad progresa hacia un siempre más elevado nivel y deja rezagados en inferiores terrenos a los incapaces de sentir lo relativo a la mente y al espíritu, a la imaginación y al sentimiento. Lo mejor de la vida nos lo dan la mente y el espíritu, que en último término han de poseer el mundo, porque son lo único real y perdurable, lo único con que positivamente podemos contar. Director y guía será siempre el pensador de generosos, amplios e inegoistas propósitos.

Hace tiempo cayó en mis manos un librito (1) salido de la pluma de un negociante que trata con notable intuición y expresivo convencimiento de esta materia, según cabe colegir del siguiente extracto cuya oportunidad se mantiene viva. Dice así:

«Unicamente trato de la vida actuante, de cómo es posible adquirir sus mayores compensaciones y recompensas, mitigar sus dolores y acrecer y multiplicar sus alegrías. Y esta es la lección que os doy: Morad en el reino de la luz. ¿Mas por dónde se dilata este reino? ¿Cuáles son sus límites? ¿Qué ciudades se alzan en su suelo? ¿Qué cerros, llanuras y montañas sesguean alegremente la vista de sus moradores? Tened paciencia y no os apresuréis en buscarla. Aquí está, en vosotros mismos, el reino de la luz, el reino de Dios. ¿Y qué significa el reino de la luz?

<sup>(1)</sup> El reino de la luz por Jorge Record Peck, consejero general de la Compañía de los ferrocarriles de Chicago, Milwaukee y S. Pablo, y ex-presidente de la Asociación Americana de Jurisprudencia.

Aquel reino del que dijo un exquisito poeta antiguo:

»Mi mente es mi reino y tan perfecto gozo en él hallo, que supera a todas las venturas terrenas.»

»Este reino es aquella invisible república que sobrevive a las turbulencias de los tiempos; aquella nación que tiene pensamientos por armas, cuyas espadas son ideas y cuyos trofeos son las páginas de los insignes maestros del mundo.

»El reino de la luz es el reino del intelecto, de la imaginación, del sentimiento, del espíritu y de cuanto atañe al espíritu.

»El reino de la luz está abierto a todos los que buscan la luz. Tal vez parezca esto una perogrullada, pues todo el mundo reconoce la superioridad de la naturaleza mental sobre la física; pero precisamente la dificultad está en que todos la reconocen y muy pocos obran de conformidad con este reconocimiento. Muchísimos son los que después de haber completado su educación, según la frase corriente, ya no se ocupan en lo más mínimo de su robustecimiento mental. Dicen que no tienen tiempo. No lo tienen para vivir, sino sólo para existir. Sin embargo, es preciso aclarar esta idea, porque no espero ni es posible que la mayoría de las gentes funden en el robustecimiento mental su primaria o única aspiración. La sabiduría de Dios ha estatuído

en ley, que el hombre trabaje con sus propias manos y se encorve bajo la carga que encima tiene. Ciertamente necesitamos pan; pero ¡cuán estúpida locura figurarse que podemos vivir tan sólo de pan!

»A pesar de las ocupaciones y preocupaciones de la vida ordinaria y de los afanes por comer y vestir y pagar deudas, resulta que no por falta de tiempo sino de inclinación dejan muchos decaída o por lo menos estancada su naturaleza superior. La granja, la tienda y el taller no son tan tiranos como suponemos. Con facilidad cedemos a su influjo y los erigimos en nuestros dominadores, cuando debieran ser tan sólo esclavos. Ninguna profesión, absolutamente ninguna, desarraiga por completo las ocasiones de robustecimiento mental.

»El reino de la luz es morada singularmente deleitosa para quien por escasa hacienda no puede edificar otra mansión; pero una humilde cabaña en el reino de la luz es más refulgente que las paredes de un palacio. Por mi parte sé decir que hubiera preferido ser Carlos Lamb al duque de Wellington, pues mayormente que éste influyó en el mundo y sin embargo era un modestísimo empleado de la Compañía de Indias, si pobre de recursos materiales, riquísimo sobre toda ponderación en su pobreza, por más que sus joyas no constaban en el catálogo del orfebre.

El problema de la vida consiste en conciliar la prosa con la poesía, lo material con lo espiritual, lo vil y egoista con lo noble y altruista, sin olvidar que los segundos términos de esta conciliación aventajan incomparablemente a los primeros.

»Tal vez ande equivocado, pero no puedo creer que ni ahora ni nunca esté la salvación en el trigo o en el hierro.

» Además, es preciso no dar a estas palabras significado distinto del que les atribuyo, pues no predico un evangelio puramente sentimentalista de estéril e impracticable especulación. Sé hace años que no podemos comer poesía ni arte ni rayos de sol; pero sostengo ahora y siempre que sin sol y arte y poesía queda cercenada la vida en más de la mitad de su valor. El buey y su amo no difieren gran cosa si ni uno ni otro van más allá del pesebre o del estómago.

»... En el reino de la luz, en la vida a que debiéramos convertirnos, nada de lo que damos tiene comparación con lo que podemos recibir.

» Opinan algunos que la cultura mental no hace a los hombres mejores ni más felices, y que las cualidades morales son independientes de las puramente intelectuales. Sin embargo, ningún sano criterio aceptará tan mezquino y falso concepto, porque a menos que las escuelas sean insensato y costoso lujo y la civilización no valga

un ardite ni hayan dado fruto los siglos que presenciaron el ascendente esfuerzo de la humanidad; a menos que los gárrulos encantamientos fetichistas superen en nobleza a un Milton, un Wilberforce, un Emerson o un Lowell, será preciso confesar que el corazón y el cerebro, la moralidad y la educación han de ir en fiel y leak compañía. Las turbulencias de la época no dimanan de exceso de cultura, sino de que doblamos demasiado la rodilla ante los frutos puramente materiales. Adoramos más de la cuenta lo hinchado y no suficientemente lo corpulento. Cuando escucho la glorificación de los últimos veinte años, en que se han dilatado los campos, reconstruído los caminos, levantado fábricas y acumulado fortunas, me digo: Bueno es todo esto, aunque no tanto que havamos de enronquecer a vítores ni que por un momento lo consideremos como proezas de supremo orden.»

## LA POTENCIA ÍNTIMA 🦇 🗫 🗫



## LA POTENCIA ÍNTIMA

Todas las cosas están activamente gobernadas por la eterna ley que dictó la suprema inteligencia de Dios. Todo cuanto existe en formas está internamente animado por la esencia divina, y por lo tanto, todas las cosas proceden de Dios.

Esta divina Esencia es la vida de las cosas y Dios es el Ser infinito de vida que todo lo llena, puesto que está en todo y todo está en El. Dios y Su manifestación; he ahí cuanto es y existe.

Así, pues, Dios es la sola y única vida. No podemos decir que Dios tenga vida, sino que Dios es vida y nosotros somos la vida de Dios manifestada en la forma de existencia a que llamamos cuerpo. La vida de todos los hombres es realmente una con la Vida de Dios.

Así no puede en verdad decirse que el hom-

bre tenga espíritu, porque es el Espíritu que se manifiesta y relaciona con el universo físico por medio del cuerpo material que de instrumento le sirve. El Espíritu es permanente y eterno; el cuerpo mudable y perecedero. No hemos podido ser ni seremos sino el Espíritu de Dios en quien nos movemos y tenemos nuestro ser. «Yo soy tu propio Espíritu», nos dice la inteligencia infinita de continuo con intensa voz.

Así dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y que tenga dominio sobre todas las cosas». Por lo tanto, el hombre es esencialmente divino, esencialmente bueno, como parte y partícula de la infinita Vida, con todos los atributos y energías potenciales en su ser. Debemos mantenernos conscientes en esta idea una vez la hayamos comprendido, de suerte que la conciencia de Dios nos hiencha y a través de nosotros fluya en todas las fases de nuestra humana existencia.

Dice Froebel en su hermosa obra: La educación del hombre:

«El destino y la obra vital de todas las cosas es desenvolver su esencia y por lo tanto su divino ser, la divina Unidad, de modo que Dios se manifieste en su externa y perecedera forma. El especial destino y obra vital del hombre, como entidad racional e inteligente, es tener plena, vívida y clara conciencia de su naturaleza, del divino flujo que lo baña, y por lo tanto, de Dios; es tener plena, vívida y clara conciencia de su destino y de su vital actuación, para manifestar positivamente su divina esencia en su propia vida con la resolución del libre albedrío.

»Educar al hombre es elevarle como ser pensante e inteligente a la pura e inmaculada y libre conciencia de la interna ley de la Unidad divina, enseñándole los medios de alcanzarla y los caminos de llegar a ella... La educación desenvuelve la divina esencia del hombre, la actualiza y la sitúa en estado consciente, de modo que voluntaria y libremente obedezca al divino principio que en él alienta y lo manifieste en su vida».

Sobre este mismo propósito dice el inspiradísimo filósofo alemán Fichte:

«La unidad de Dios sin par ni igual es, a mi entender, un principio fácilmente comprensible, como indispensable condición del sentimiento religioso... La más profunda ciencia que el hombre puede alcanzar es el conocimiento de la absoluta unidad de la esencia humana con la esencia divina...

»Desde el primer punto de vista, Dios asume en todo tiempo existencia personal y senciente, sin obstrucción ni reserva, en todo hombre que reconoce su unidad con Dios y que armoniza su vida individual con la Vida divina. En un hombre tal encarna Dios exactamente como encarnó en Jesús... Porque Jesús de Nazareth tuvo indudablemente la altísima percepción, en que se funda toda otra verdad, de la absoluta unión de la divinidad con la superior naturaleza humana. Su conciencia individual era al propio tiempo la pura y absoluta razón existente con entera independencia por sí misma.»

Generalmente actuamos en el siniestro aspecto de la vida, a cuyas externas modalidades concedemos el tiempo y la atención que debiéramos conceder a las internas, que siempre y con absoluta exactitud determinan las externas, para lograr de esta suerte más natural, ordenada, armoniosa y abundante vida. Pero ¿qué prueba tenemos de ello? Las vidas de los profetas, videntes, sabios y redentores que en el mundo han sido. También nos lo prueban las vidas de algunos hombres de nuestra época, cada día más numerosos, que comprenden la ciencia del Ser y cuyas vidas están regidas y por consiguiente ajustadas a las leyes de esta ciencia.

El más alto ejemplo nos lo ofrece Jesús de Nazareth en cuya personalidad se infundió la individualidad de Cristo el Salvador. Unicamente atendió Jesús al desenvolvimiento de la vida interna. «El Padre y Yo somos una misma cosa». Tal era su conciencia. Ni por un momento creyó que su vida pudiera ser extraña a la vida

de Dios, del Padre, como le llamaba. Y así dice: «Mis palabras no son mías, sino del Padre que mora en mí; creed que yo estoy en el Padre y el Padre en mí».

«A nadie llaméis padre en la tierra, porque uno es vuestro Padre que está en los cielos.

» Ni queráis que os llamen maestros, porque uno solo, el Cristo, es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. »

Para Jesús sólo era real la consciente unión con Dios, y por lo tanto siempre hablaba de la unidad con la vida del Padre.

Adviértase que no dice Jesús sino Cristo, y que siempre habla de lo que sentía y conocía por haberlo experimentado en sí mismo. No estableció principio ni ley alguna de cuya acción no diese personal ejemplo, y así hablaba con poder y autoridad y no como los escribas. Nunca proclamó para sí nada que no proclamase también definidamente para todo el linaje humano, pues repetidas veces dijo que de cuanto él hacía fueran capaces quienes unieran su vida con la del Padre. Desde luego que cuando un hombre enseña la verdad, no la enseña únicamente a quienes con él están en directo contacto, sino a todas las gentes de todos los tiempos. Así las verdades enseñadas por Cristo tienen en nosotros exactamente la misma aplicación que tuvieron para sus discípulos y las gentes que escucharon su palabra. Nunca quebrantó ni subrogó la ley, pues la conocía y positivamente la ejecutaba. Halló en sí el reino de los cielos y nos enseñó el medio de hallarlo. Sabemos qué frutos dió su vida. Explícitamente enseñó que los mismos daría cualquier otra vida guiada por la misma fuerza que dirigió la suya. Así dijo:

«El que cree en mí (1) hará las mismas obras que yo hago y mayores obras haréis vosotros

porque yo voy al Padre.»

Es verdaderamente extraño que ni hoy día ni en ninguna época se haya comprendido el verdadero é íntimo significado de la vida de Jesús. No nos hemos percatado de la perenne esencialidad de su vida. El cristianismo tradicional antepuso a toda otra enseñanza la imitación de Cristo. Esto mismo nos aconsejó Jesús al hablarnos de la formación del Cristo en nosotros. si queremos alcanzar plenitud de vida y poder. Nada enseñó respecto a la observancia de algo relacionado consigo mismo, sino que le apenaba, y aun a sus discípulos reconvenía por ello, que no comprendiesen el íntimo significado de sus palabras y las aplicaran a su persona. Si no hubiese tenido la suprema intuición, que no le consentía poner la vista en sí mismo, de seguro que

<sup>(1)</sup> Por supuesto que esta fe ha de estar corroborada por la imitación de la vida de Cristo,

no fuera digno de admiración ni merecedor de discípulos.

Acertó Fichte al decir:

«Si un hombre se une con Dios y en Dios mora, nada importa el camino que haya seguido para llegar a tal estado. Perjudicial sería contender sempiternamente sobre el camino que ha de seguirse, en vez de vivir en unión con Dios. Si Jesús volviese a la tierra, quedaría sin duda satisfecho con tal que viese su doctrina predominante en el pensamiento y en las obras de las gentes, sin cuidarse de si se reconocían o no los méritos de su persona. Esto es lo menos que cabría esperar de un hombre que en la vida terrena no buscó su propia gloria, sino la de quien le había enviado.»

Jesús resumió sus enseñanzas en el reino de Dios y su justicia, y nada más que esto enseñó ni quiso enseñar. En más de treinta lugares explica a sus discípulos la buena nueva del reino de Dios. Y así dicen los Evangelios:

«Iba por las ciudades y aldeas predicando la buena nueva del reino de Dios. Y dijo a sus discípulos: «También he de predicar la buena nueva del reino de Dios en otros lugares, pues para ello fuí enviado.» Y les envió a predicar el Evangelio y a curar enfermos... Y el Evangelio será predicado a todas las gentes para testimonio de las naciones.» ¿ Qué quiso dar a entender Jesús por el reino de Dios, o como repitió tantas veces, el reino de los cielos? Sus mismas palabras responden diciendo:

«No digáis he aquí o he allí, porque mirad que el reino de Dios está en vosotros.»

Enseñó Jesús lo que ya había él hallado: que en la consciente unión con la vida del Padre están incluídas todas las cosas, pues en El vivimos y nos movemos y tenemos nuestro sér.

Dijo también:

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura.»

Verdaderamente son palabras estas de inspiración y esperanza para quienes viven según el espíritu, porque Jesús se refiere concretamente a las cosas necesarias a la vida material. De nuevo vemos cómo la unión con Dios entraña todas las demás cosas que invariablemente se derivan en pormenor del principio capital de la vida. Escaso o ningún fruto dan la tibia confianza y la fe débil; pero en cambio nada hay más firme y seguro que Dios, para quien plenamente confía en El. Cuando así lo comprendemos, nos libramos de muchos males y entre ellos de las dolencias y enfermedades del cuerpo. Estas enfermedades y dolencias no pueden tener duradera cabida en la vida espiritual, pues las rechaza el robusteci-

miento de la conciencia superior. El espíritu no enferma jamás, y si a consecuencia de siniestros pensamientos y malas acciones se ceban las dolencias en el cuerpo, desaparecerán a medida que prevalezca el espíritu y se reinstaure su equilibrio con mente y cuerpo. La Vida divina, siempre perfecta, robusta y vigorosa, empezará entonces a fluir por el cuerpo, del centro a la periferia, hasta henchirlo de suerte que sientan aquella plenitud de vida cuantos con él se relacionen. Tal es el divino poder salutífero; y el tiempo requerido por el proceso de curación completa, no depende de veleidad de Dios, pues para Dios no hay tiempo y todo lo tiene presente, sino que depende en absoluto de la capacidad del individuo para reconocer la Potencia que en él actúa y confiar en ella.

Las curaciones que operó Jesús y después de él sus discípulos por algunos años y las curaciones que hoy se operan fueron y son efecto de la misma eterna ley que capacita al enfermo para actualizar el salutífero poder de la omnipotente Vida que en su interior alienta. Así vemos que en determinado lugar «no podía Jesús obrar milagros a causa de la incredulidad de las gentes.» Por lo que respecta a la eficacia de la ley no hay razón alguna para que entre nosotros falten en nuestra época los espirituales poderes curativos

que algunos hombres tuvieron en pasadas épocas de la historia.

Entre las cualidades educidas o plenamente perfeccionadas por la vida superior están la intuición, sabiduría y poder, con sus frutos de fe, esperanza, amor, caridad, equilibrio físico y mental y salud y vigor del cuerpo, que se acrecientan con el ejercicio.

Todo cuanto pertenece a la vida del cuerpo se subordina entonces a la vida del espíritu, no porque lo material carezca de importancia, pues mucha tiene, sino porque se coloca en su propio y subalterno lugar. Conviene acrecentar y enaltecer lo material hasta su mayor perfección y potencialidad para de ello servirnos; mas nunca hemos de consentir que nos gobierne, so pena de menoscabar lo espiritual que ha de gobernarlo. Cuando se extinguen los impuros deseos y groseros apetitos, el cuerpo todo se sutiliza delicadamente y un vivísimo gozo sucede a esta transmutación. Por esto se pagan siempre los excesos con pesadísimas y a veces estériles costas. Nunca remuneran los excesos. Siempre la moderación allega placeres legítimamente satisfactorios. Ley natural y por lo tanto ley de Dios es la que encamina nuestro ser por las vías conducentes a su más elevado desenvolvimiento en el que jamás hay pérdida, porque todo cuanto con ello ganamos resulta siempre muchísimo más valioso que cuanto podamos perder, y así vemos que nunca hay pérdida sino renunciación.

El cuerpo del hombre es el sagrado templo del alma, por lo que es preciso cuidarle solícitamente con amor y no mancharle con el desaseo y el odio. Se le ha de fortalecer por medio de austera disciplina y no debilitarle con licenciosos apetitos y excesos. Se le ha de alimentar convenientemente sin hartarle con glotonería ni extenuarle con violentos ascetismos. De esta suerte refinaremos la complexión y figura del cuerpo, que funcionará sana y cumplidamente con mayor utilidad para la superior vida a que ha de servir de instrumento.

La fortaleza que nos da la actualización de la vida superior nos capacita para cumplir los empeños de la vida cotidiana. Dice William James en su hermosa obra La energía humana: «Hay íntima conexión entre nuestros estados de ánimo y mente y las ocupaciones ordinarias de la vida, hasta el punto de que cumpliremos mejor o peor éstas según la índole de aquellos, pues en nuestro interior hay manantiales de fuerza que por lo común quedan inalumbrados. Esta misma fortaleza nos capacita igualmente para alternar en mejores proporciones la vida contemplativa con la vida activa. Por lo general, las gentes del mundo occidental no corremos peligro de parquedad en la vida activamen-

te práctica y necesitaríamos, por lo tanto, algo de la meditación y contemplación de los orientales, que a su vez andan necesitados de parte de nuestra actividad material. El equilibrio entre ambos extremos es indudablemente el más acabado ideal de la vida. A la contemplación ha de seguir la actividad del esfuerzo creador (1) para equilibrar armónicamente la vida, pues de lo contrario será unilateral e incompleta y sólo nos dará una especie de fruto que en una u otra forma siempre entraña pérdida.»

El reconocimiento y actualización de las espirituales potencias de nuestro ser, no estorba, como algunos se figuran, el debido empleo de

<sup>(1)</sup> El eminente filósofo contemporáneo Rodolfo Eucken, catedrático de la Universidad de Iena, ha expuesto muy valiosos pensamientos sobre el particular en su teoría filosófica del activismo fundada en la «vida espiritual» o conciencia de la divinidad de nuestro ser, seguida del creador esfuerzo de la acción. Dice Eucken: La religión se apoya en la vida divina que constituye la verdadera naturaleza del hombre; pero esta vida no puede alcanzar su plenitud ni por consiguiente servir de firme sostén a la religión sin que por parte del hombre preceda el reconocimiento y actualización de su divina naturaleza. En este particular no caben artificiosas sugestiones ni es posible adelanto alguno sin el espontáneo rendimiento de nuestra voluntad.. Nuestra vida espiritual es un infatigable anhelo de mejora y adelanto. La conciencia activa nos da el marco del cuadro, los cimientos del edificio, pues hemos de adquirir experiencia en la misma vida, para que nos revele algo nuevo que la acreciente, dilate y profundice. La vida del alma consiste, así individual como colectivamente, en el robustecimiento de las fuerzas interiores por medio de la lucha con los obstáculos.

Ha escrito Eucken las siguientes obras: La verdadera religión; Religión, y conducta; La vida del Espiritu; Propósitos e ideales de la vida.

los medios materiales que contribuyen al equilibrio de la vida. Si nos detenemos, por ejemplo, en lo que a la salud corporal atañe, veremos que si bien los poderes espirituales en nosotros subyacentes, cuando somos capaces de actualizarlos en toda su plenitud, tienen mayor eficacia que los agentes terapéuticos para curar las enfermedades, no logramos el deseado efecto curativo hasta que suficientemente los educimos. Parece que cuando uno está enfermo, lo importante es ponerse bueno lo más pronto posible por virtud de las medicinas; pero conviene tener presente que no será la curación completa mientras no extirpemos la interna causa del mal.

No hay razón para desdeñar los medios que de satisfacer nuestras necesidades ha puesto Dios a nuestra disposición. Multitud de hierbas tienen propiedades curativas que en caso preciso podrían aprovecharnos si las conociésemos.

Alguien dirá que las hierbas medicinales no dejan de ser un agente físico; pero también lo es el agua que, aparte de su capitalísima importancia en el funcionalismo orgánico, sirve de eficaz medicina en algunas enfermedades. Lo mismo ocurre con otros agentes materiales.

Al propio tiempo hemos de recordar que el principal fin de las medicinas ha de ser la remoción de cuantos obstáculos impidan la desembarazada actividad del maravilloso poder restaurador de las fuerzas vitales. Las medicinas por sí solas no curan, porque toda curación es resultado de la acción de las fuerzas vitales. Pero ¿ no podrían hermanarse ambos procedimientos de modo que ambos se emplearan con ventaja? Esto es cuestión de oportunidad y sentido común. Unicamente el bellaco, fanático o ignorante no acertará a escoger el más a propósito para el caso y emplearlo en toda su amplitud.

Igualmente que el agua, puede servir de medicina el aire puro, a plenos pulmones respirado, que es uno de los más eficaces tónicos y estimulantes del cuerpo, sin los inconvenientes de que casi todos estos suelen adolecer.

No gozamos de tan robusta salud como pudiéramos y es tan frecuente la depresión nerviosa de nuestros cuerpos, hasta llegar a la neurasnia, porque la vida es muy artificiosa. Nos hemos alejado de las naturales medicinas que Dios nos dió, el agua clara, el aire puro, el alimento nutritivo y saludable con abstinencia de carnes, el ejercicio, el trabajo y el recreo en contacto directo con la naturaleza.

El reconocimiento de la fuente originaria de nuestro poder nos inclina a la austeridad y sencillez características de toda vida equilibrada, porque entonces echamos de ver que nada podemos hacer digno de alabanza por nosotros mismos, sino por el divino poder que opera en nosotros. Además, el reconocimiento del origen de nuestras fuerzas nos redime de la falsa modestia y de la servil forma de humildad lindante con la bajeza. También nos libra este reconocimiento del temor con que muchísimos y del espanto con que algunos miran la muerte propia y de la aflicción en que les sume la de sus más queridos deudos. Pero el espíritu desconoce la muerte, y tan sólo muda de actividad cuando el cuerpo físico fallece, de suerte que considerando razonadamente este punto a la luz prestada por inspiradísimos pensadores, hemos de considerar que la muerte es un bien ganancial para quien ha vivido obediente a las leyes superiores.

Ya en la tierra estamos viviendo en la eternidad, porque nuestro cielo no ha de ser otro que el que en la tierra nos construyamos y con nosotros nos llevemos, pues nosotros mismos determinamos en la tierra y en el más allá nuestra condición infernal o celeste. Dice Manuel Swedenborg en su obra Cielo e infierno, que nadie ha de juzgarnos en su día por nuestros actos, sino que nuestra propia conducta será el único juez que nos sentencie. Nuestra vida presente determina en absoluto la condición de nuestra vida futura con arreglo a la ley de causalidad. La otra vida empieza en el mismo punto en que acaba la terrena cuya subsiguiente continuación

ha de ser. Todo progreso mental y espiritual constitutivo de nuestro verdadero carácter nos lo llevamos con nosotros, y según seamos ricos o pobres de estos bienes, así será nuestra futura condición.

Evidente resulta por lo tanto la sabiduría del que atiende a lo espiritual y permanente para adquirir bienes que ya jamás podrá perder, con preferencia a las cosas terrenales que forzosamente habremos de dejar sin poder llevárnoslas a la vida venidera. Así puede un hombre ser riquísimo en este mundo y paupérrimo en el otro, pues dependerá su estado de lo que haya hecho en lo que principalmente le interesa.

Como cristianos vamos a la iglesia, entonamos himnos y oímos pláticas y sermones; pero desconocemos el único principio fundamental que nos dió Jesús en su vida y enseñanzas. El verdadero culto religioso consiste en vivir día tras día conscientes del Dios que está en nosotros, sin subordinar esta conciencia a circunstancias especiales de lugar, tiempo, ocasión o ceremonia. Tan cerca está Dios del alma humana y tan cerca puede estar el alma humana de Dios en un sitio como en otro.

La conciencia de Dios en el alma del hombre es el fundamento de la religión cristiana y de todas las religiones. Así decía Jesús:

«Mas viene la hora, y ahora es cuando los

verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre también busca tales que le adoren.

»Dios es espíritu y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad...

» Por el fruto se conoce el árbol y por el fruto los conoceré. No todo el que dice ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo...

»En verdad, en verdad os digo que quien oye mi palabra y cree en El que me envió, tiene vida eterna y no caerá en condenación, sino que pasará de muerte a vida.»

Cuando decimos que la religión debiera ocupar importantísimo puesto en la sociedad y en la vida, no expresamos un concepto deleznablemente sentímental, y quien diga que es demasiado científico, erudito o positivista para pensar en ella, demostrará estar dominado de endebles prejuicios nacidos de la ignorancia. El doctor Patton, rector que fué de la universidad de Princeton, decía una vez a los alumnos del doctorado: «La religión es la meta de la cultura y el hombre educado ha de mantener una u otra relación con Dios. Debe conocer algún tanto la filosofía de la vida humana y los fundamentos de la sociedad.»

Así es que nuestra mejor ganancia está en relacionarnos directamente con la Fuente de Vida, y en el grado en que mantengamos esta directa relación irá creciendo y acaudalándose en nosotros el flujo de la verdadera vida. Las sentencias de los antiguos profetas resultan realmente inspiradas cuando las examinamos a la luz de la verdad que vamos considerando.

«El Señor es poderoso en tí.»

«Al que mora en el secreto lugar del Altísimo, le cobijará la sombra del Todopoderoso.»

«Entra en el camino del Señor; confía en El y guiará tus pasos.»

«Harás alianza con las piedras del campo y las bestias de la selva estarán en paz contigo.»

«Mantendrás en paz perfecta a quienes posen la mente en Ti.»

- Estas sentencias han sido y continuarán siendo la sustentadora fuerza de miles de vidas. Tal vez no haya otra verdad tan sublime como esta, en tan sencilla forma expresada.

Espíritu profético denotó Ruskin al decir:

«Creo firmemente que por fin ha de comprender el mundo que Dios colora las nubes y modela las fibras del musgo; que los hombres serán felices cuando contemplen a Dios en sus obras y con el poder que les ha comunicado observen calladamente cómo va realizando sus designios de paz y amor entre todas sus criaturas. Tal es

la única felicidad asequible al género humano.»

La idea capital de las Escrituras hebreo-cristianas es que Dios está en nosotros y que su Vida actuará en armonía con la nuestra en el grado en que a ella nos abramos y obremos en armonía con ella. Tal es la idea que ha embellecido la vida y acrecentado el poder de muchos hombres y continuará embelleciéndola y acrecentándolo todavía en mayor número en las venideras generaciones.

Suficiente es este principio práctico para todo hombre, ya desde el punto de vista filosófico, ya desde el religioso, y ciertamente lo estimarán de valía cuantos tengan tiempo y aptitud para el estudio de los problemas filosóficos y religiosos. Pero no creo equivocarme al decir que quien realmente busque la verdad en sus prácticas relaciones con la vida ordinaria, regresará después de la investigación al principio fundamental que hemos expuesto. Conviene, por lo tanto, que nos sirva de punto de partida para ulteriores investigaciones.

Verdad es que hay gentes propensas a caer en las quimeras forjadas por capciosos entendimientos y navegan sin timón ni brújula, desesperanzados de hallar el seguro rumbo que hubieran hallado si embarcaran en la nave de esta capitalísima verdad.



# 🗫 🦚 🧀 FUNDAMENTO DE LA FILOSOFÍA Y DE LA RELIGIÓN



## FUNDAMENTO DE LA FILOSOFÍA Y DE LA RELIGIÓN

Incontrastable hubiera sido el poder de la Iglesia a través de los siglos y continuaría siéndolo hoy, si firmemente lo fundara y estableciera sobre el capital principio de las enseñanzas de Jesús, en vez de contribuir en gran parte a tergiversarlo y obscurecerlo, pues con frecuencia se le ha echado en cara el dar piedras en vez del pan por que tantas gentes suspiraban.

Al hablar de la iglesia de Cristo olvidamos que Jesús el Cristo nada dijo ni enseñó referente al establecimiento de determinada iglesia ni tuvo propósito de dar carácter de institución dogmática a sus doctrinas religiosas. Por el contrario, siempre le oímos impugnar las instituciones religiosas de su época, señalando a las gentes como de mera importancia externa muchos puntos que en aquel entonces se tenían por rigurosa-

mente ortodoxos y, sin embargo, eran erróneos y como piedras de escándalo para quienes conocían los fundamentos de la verdadera vida religiosa.

La vida y enseñanzas de Jesús estuvieron en pugna con las instituciones religiosas definidamente establecidas. Así dice Enrique Drummond:

«Cristo no señaló a sus discípulos determinada labor ni les fijó horas ni límites de acción. Sencillamente anduvo por el mundo derramando el bien y nada hizo que tuviera carácter de ceremonia religiosa. Su vida fué su religión... Sus púlpitos eran las montañas. Su iglesia una mejer junto al brocal de un pozo... Nunca asociamos a la idea de Cristo la de tal o cual iglesia. No podemos representárnoslo con vestiduras sacerdotales ni perteneciente a una de las clases que especializan la religión. Su ministerio era de orden universalmente humano.»

Sin duda aprovecharía la Iglesia su poderosa influencia para mejorar el mundo, si prescindiera de muchas cosas ya desgastadas y sin valor alguno. Seguramente podría desembarazarse sin peligro de por lo menos las tres cuartas partes de la impedimenta que superpuso a través de los siglos. Muchas de estas cosas pertenecen a pasadas épocas y muchas otras las hemos ya enteramente transcendido. Si la Iglesia quiere te-

ner influencia efectiva necesita simplificarse, pues la sencillez es uno de los grandes secretos de la eficacia de la vida. Quien conozca a fondo la vida de Jesús, echará de ver claramente que si volviese a la tierra, mucho de lo institucionalmente establecido en la Iglesia que lleva su nombre le parecería tan extraño, grotesco, incongruente y deplorable como otro tanto de lo que encontró en la instituída sinagoga de aquel tiempo. ¿ No es evidente que su agudo entendimiento y su amante corazón condenó muchas cosas establecidas en su época? La mayor parte del pan que nos dió se ha maleado y demanda nueva hornada. El nuevo día pide vino nuevo y, como dijo Tesús, imprudencia es echar vino nuevo en odres viejos. Estamos en un nuevo día y tenemos vino nuevo. La humanidad adelanta, y muy luego dejará atrás a la Iglesia, si ésta no desecha las teorías forjadas por los hombres y se reconvierte a las sencillas y fundamentales enseñanzas de Jesús. Así fuera guía y no secuaz del pensamiento religioso. A este objeto aplican su esfuerzo muchos hombres insignes y fervorosos de su propio seno, que comienzan a vitalizarla con las verdades dominantes en la vida de Jesús. Dijo el profundo pensador Federico Hosmer:

«Nuestro pensamiento roza los escritos pergaminos. Nuestras creencias surgen y decaen. Pero la vida de Dios en el alma perdura sobre todo lo demás.»

Si el creer en la persona de Tesús y el recibir el bautismo en su nombre y el confesarlo públicamente fuesen condiciones necesarias y suficientes del plan de redención y salvación, resultaría Dios muy estúpido, lerdo y torpe en su proceder con los millones de hijos también suyos que existieron antes de Jesucristo, así como con la multitud de gentes de nuestro tiempo que ni siguiera han oído hablar de Jesús. ¿Qué hombre de corazón y sentimiento creerá semejante absurdo? No hay tal; la misma verdad salvadora alentaba en el mundo muchísimo antes de la época de Jesús, desde los origenes del tiempo. Pero vino quien estaba dotado de casi suprema aptitud para las cosas espirituales, y al declarar tan directamente la máxima verdad del acto supremo de la vida humana se erigió en el supremo Instructor y Maestro de hombres, cuyo nombre ensalza sobre todos la historia del mundo. Llamóse Jesús, que entonces era nombre tan común como lo es hoy en algunos países, y hasta la plenitud de su predicación no se le dió el título de Cristo, por haberse entregado por completo a la vida espiritual con los maravillosos resultados que inevitablemente dimanaron de su admirable aptitud para ella. Su claro y penetrante conocimiento de los caminos

de Dios y la enseñanza que de ellos dió a los hombres le confirieron el título de Salvador. Así dijo: «Antes de que Abraham fuese era yo». Con esto enseñaba figuradamente que el estado de Cristo, o sea la unidad con la vida de Dios, era el principio vivificante y salvador. Así dijo también: «Nuestro padre Abraham se regocijó de ver mi día; y lo vió y tuvo gozo».

La Iglesia ha puesto demasiada atención en el aspecto de Jesús y por ello ha perdido o completamente olvidado el aspecto de Cristo. ¿ Acaso la misma sencillez de sus enseñanzas dificultó su comprensión? «Gracias te doy ¡oh! Padre, Señor de cielos y tierra, porque encubriste estas cosas a los sabios y doctos y las revelaste a los niños».

Cuando una doctrina o sistema filosófico se erige en institución dogmática, propende la humana naturaleza a superponerle aditamentos que la complican y mistifican, con propósito de que por una parte hieran la imaginación de las gentes y por otra le sirvan de puntal para sostenerse.

Así ha ocurrido repetidas veces en la historia del mundo, y este es el mayor riesgo de las instituciones y organismos sociales, de los que con el tiempo huye el espíritu y queda tan sólo la vacía cáscara. Entonces las gentes empiezan a alimentarse con salvado, olvidados del vivificante trigo. Toman el signo por la cosa significada

y el medio por el fin. Contra esta preocupación se declaró resueltamente Jesús, y lo mismo haría si de nuevo estuviese entre nosotros. Quien halle su fortaleza en el Jesús personal, en las aguas del bautismo, en la confesión pública de su fe, en la comunión sacramental o en cualquier otra práctica religiosa, no se aparte de ella en modo alguno, pues todas estas cosas le serán provechosas si con rectitud de espíritu las practica y seguramente que no le harán daño alguno; pero de ninguna manera deben anteponerse estas cosas a la vida y enseñanzas de Jesús, porque el Dios vivo, el Cristo interior es lo que salva y redime y conduce a los hombres a la verdadera vida religiosa.

La redención del hombre tiene efecto cuando el espíritu de Dios invade su mente, llena su corazón y hienche su cotidiana vida en los más mínimos pormenores. «Porque quienes están inspirados por el Espíritu de Dios son Hijos de Dios.» Tal fué la vida y tales las enseñanzas de Jesús.

Quien alcance esta conciencia de Dios en su alma, esta esencia de la religión en su mente, corazón y conducta, puede estar seguro de obtener copiosos y ópimos resultados. Entonces no tendrá reparo en prescindir de la diversidad de problemas, cuestiones e hipótesis teológicas que ningún hombre es capaz de dilucidar. Mien-

tras otros se entretienen en especulaciones y teorías doctrinales, hasta el punto de dogmatizar sobre los varios problemas de la vida, él vive de modo que pueda conocer prácticamente la doctrina.

Si Jesús volviese entre nosotros, proclamaría exactamente como entonces la paternidad de Dios cuyo Hijo se mostraba, y como necesaria derivación la fraternidad de todos los hombres.

Un día, los saduceos y fariseos, que siempre buscaban el modo de poner a Jesús en contradición con las doctrinas dogmáticamente establecidas, le preguntaron por boca de un doctor de la ley: «Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley? » Jesús respondió: «Amarás al Señor tu Dios de todo corazón y con toda tu alma y todo tu entendimiento. Este es el primero y mayor mandamiento. Y el segundo es semejante a este. Ama a tu prójimo como a tí mismo. En estos dos mandamientos se encierran la ley y los profetas.» He aquí un resumen del cristianismo y de toda otra religión.

No tan sólo es imposible divorciar de la vida la religión, sino que ha de estar unida a todo pensamiento, acto y pormenor de cada día, hora y momento de la vida, porque es el principio guiador, la fuerza directora y penetrante y no algo independiente de la vida cotidiana. Así dijo En-

rique Drummond:

«Desconoce la verdadera naturaleza de la religión quien la considera independiente de la vida, como algo añadido a nuestro sér en el separado compartimiento del alma, para practicarlo en extraordinarias ocasiones, cual si fuese música o cualquier otro arte. Por el contrario, la religión ha de alentar en todos los aspectos y modalidades de la vida, de suerte que la convierta en concertada música y cada acción en una obra de arte.»

No es compatible la religión con el engaño del prójimo ni con la ganancia codiciosa a su costa. No se concilia con la verdadera religión tomar parte el domingo en los oficios divinos y vivir como seglar mundano el lunes.

Curioso es observar que las reconvenciones de Jesús iban exclusivamente dirigidas contra los que se jactaban de observar con todo rigor las externas ceremonias de la religión dominante en aquella época, y en cambio se rodeó de gentes escogidas según la oportunidad se las deparaba. A los opresores, engreídos y egoistas, a los que sólo procuraban su medro personal en honores o riquezas los vituperaba en términos fulminantes, llamándolos hipócritas y raza de víboras, que cargaban el peso en las espaldas ajenas y no movían ni uno de sus dedos, porque gustaban de que las gentes les alabasen las obras. Así deccía:

«¡Ay! de vosotros, escribas y fariseos. ¡Hipócritas! que habéis cerrado a los hombres el reino de los cielos. Pues ni entraréis vosotros ni sufrís que otros entren. ¡Ay! de vosotros, escribas y fariseos. ¡Hipócritas! que devoráis las casas de las viudas y por vanidad hacéis largas plegarias. Por lo tanto, gran condenación recibiréis. ¡Ay! de vosotros, escribas y fariseos. ¡Hipócritas! que limpiáis por fuera la taza y la fuente y las dejáis por dentro llenas de suciedad e inmundicia. ¡Oh! ciegos fariseos. Limpiad primero el interior de la taza y de la fuente para que también pueda estar limpio el exterior... Así vosotros parecéis por fuera justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.»

De la propia suerte abundan en nuestros días los hipócritas y los ilusos. ¿Son éstas pruebas bastantes de religión y sobre todo de religión cristiana? En el epíteto aplicado por Jesús entran todos los que prevaliéndose de su abusiva representación social detentan en provecho propio los derechos del prójimo o que por bajos y abominables medios socavan los negocios de su leal competidor, así como cuantos monopolizan en perjuicio del público las mercancías substraídas al consumo en espera de mayor lucro. También pertenecen a la misma especie los comerciantes que defraudan en calidad o peso y los

que abusan de la ocasión para comprar a bajísimo precio mercáncías de subido valor intrínseco. ¡Oh! comercio. ¡Cuántas mentiras se han dicho y cuántos robos se han perpetrado en tu nombre! ¡Cuán hábilmente te disfrazaron! ¡Cuántos corderos y sobre todo ovejas dejaron los vellones entre tus zarzas y a cuántos gansos desplumaste! ¡Todavía fascina tu nombre!

Hipócrita es también el operario o empleado de cualquier categoría que cercena las horas de trabajo en perjuicio de su principal o hace su labor mal y de mala gana, a pesar de recibir puntualmente un buen salario, o que siempre solicita aumento de paga sin esforzarse en merecerla.

Lo mismo cabe decir del hombre opulentísimo que sólo piensa en acrecentar sus riquezas, sin tender la mano en auxilio del joven que se esfuerza en abrirse camino en la vida, ni acudir en socorro de la multitud de niños que literalmente mueren de frío por falta de lumbre en invierno y andan necesitados de solaz y refrigerio en los calurosos días de verano.

Igualmente entran en este número los que se figuran que la religión no tiene nada de común con el gobierno de las naciones ni con la administración de los estados, cuya influencia tan decisiva es en los individuos que indiferentes dejan medrar a cuantos por oficio se aprovechan de la política como de capote para encubrir

### Fundamento de la filosofía y de la religión 85

sus latrocinios. Tan culpable es la indiferencia del modesto ciudadano en cuya abstención política se apoyan quienes la corrompen y abusan de ella, como el ciudadano de pingüe fortuna que podría si quisiera emplearla en buena parte contra tan deplorables males.





## LA MEJOR GANANCIA

Debemos tener siempre presente, aun a riesgo de repetirlo, que el mayor fracaso del hombre es no aprovechar útilmente su vida, por más que triunfe y venza en aspectos y modalidades accesorias. Así es que nadie puede contraerse a la formación unilateral de su carácter ni a vivir aplicado a las materialidades mezquinamente egoistas, sin fracasar por completo en el supremo empeño de su verdadera vida. Nunca hemos de sacrificar ni poner en azarosa eventualidad el futuro y eterno bien por el presente y temporáneo. Nadie debe, ni aun por interés propio, cometer acción alguna, no ya manifiestamente deshonrosa o torcida, sino ni siquiera de dudosa probidad. La rectitud siempre conduce a buen fin en todo: en la amistad, en el comercio, en política y en cualquier otro aspecto de la vida.

La fama de íntegro y probo en los negocios es

el más sólido fundamento de un comerciante, y en multitud de casos tuvo esta buena fama mayor valía que el capital. El comerciante que alguna vez haya quebrantado esta ley sabrá por experiencia lo que le costó el quebrantamiento.

El político que recurre a procedimientos sospechosos o que se alía con gentes de mala reputación por lo ducha en corruptoras artimañas, llega a verse, aunque muchas veces demasiado tarde, preso en sus propias redes; pero el joven que se dedique a la política con la suficiente alteza mental para rechazar todo nefando contubernio y que identificando su propio interés con el del país ponga la mira en la ciencia de gobernar muy lejos de todo negocio político, triunfará al fin y al cabo contra quienes se rindan a la lisonja de los aviesos o no tengan suficiente penetración para descubrir el espíritu de su época.

Esta verdad subsiste aun cuando el logrero político parezca omnipotente durante algún
tiempo. Si examinamos la conducta de los políticos honrados, nos convenceremos de que suyo
es en definitiva el vencimiento, y así nos lo demuestran entre otros ejemplos los de Hughes
mientras fué gobernador de Nueva York y de
Woodrow Wilson (1) que desempeñó igual cargo en Nueva Jersey.

<sup>(1)</sup> Actual presidente de la republica norteamericana a cuya magistratura le elevaron sus intachables antecedentes politicos. N. del T.

Para obtener la mejor ganancia en la vida es necesario que definamos la índole de nuestro pensamiento. Es necesario que nos tracemos un plan de conducta y nos proveamos de los medios a propósito para cumplirlo. No es preciso que al comenzar la obra dispongamos de todos los pormenores del plan ni tampoco de todos los medios de realización, pues ya los iremos adquiriendo en el transcurso de nuestra actuación si con ahinco perseveramos en ella.

Cada época de la vida tiene sus deberes, su labor peculiar, sus responsabilidades y sus satisfacciones. El joven que no perdona tiempo ni trabajo ni dinero para recibir primeramente una buena educación integral y después la especialmente adecuada a su escogido campo de actividad triunfará en definitiva.

Nunca se arrepentirá un joven de haber pasado por la escuela y por la universidad, aun cuando al abrirse con su propio esfuerzo el camino de la vida advierta que los conocimientos allí adquiridos no le sirven de tanto como suponía. Sin embargo, alguna ventaja le dan aquellos conocimientos, pues si bien hay quienes opinan que la educación escolar es perjudicial a hombres del corte de Lincoln, me parece por el contrario ventajosa para quienes como Lincoln están congénitamente dotados de habilidad y buen sentido. Por lo que toca a Lincoln, muchas modalidades

de la educación escolar le hubieran aprovechado en extremo por las muchas ansias que de
aprender tenía, aunque con toda probabilidad no
le hubiera movido la educación escolar a realizar mayores empresas que las que realizó en su
vida. Así, pues, aconsejaría a los jóvenes que adquieran la educación escolar si tienen posibilidad
de adquirirla, pues por lo menos en América ninguno hay que si en ello ardorosamente se empeña no pueda adquirirla. Si las circunstancias se
lo impiden o si no lo considera conveniente, de él
sólo dependerá entonces que los años no le reconvengan por carecer de ella. Pero quien en sí
mismo disponga de la primera materia no habrá
de lamentar ulteriores pérdidas.

Al llegar al promedio de la vida, procuremos no engolfarnos de tal suerte en los negocios de nuestro particular campo de acción que rehuyamos vivir en el reino de la mente y en los dominios de la imaginación. Quien descuidó su primaria educación no ha de verse alejado, a menos que así lo quiera él, de la noble y magnífica compañía de los pensadores y literatos del mundo, que enriquezcan su mente, acrecienten sus conocimientos y dilaten su cultura. De nosotros depende por completo tener o no tan regia compañía.

Dijo Macauly:

«Si alguien quisiera hacerme el rey más po-

deroso de la tierra con palacios y jardines y carrozas, exquisita mesa, preciosos vestidos y multitud de criados a condición de que no leyera libro alguno, renunciaría a tal realeza. Preferiría vivir míseramente en una bohardilla con abundancia de libros, a ser un rey sin afición a la lectura.»

En la edad viril tiene también el hombre el deber que pudiéramos llamar de personal decoro, pues deber y no tan sólo recreo es dar a nuestra persona cuantos atractivos podamos. Los quehaceres y preocupaciones de la vida doméstica y social, así como el desconocimiento de lo mucho que vale el decoro personal, determinan la negligencia de muchas gentes en este punto, sobre todo en la edad madura. Así como la conducta de un hombre en la madurez está determinada por los pensamientos y hábitos prevalecientes en la virilidad, así también su conducta en la vejez es la resultante matemática de la índole de pensamientos y costumbres prevalecientes en la madurez.

Por lo tanto tenemos el deber de sembrar en la edad madura pensamientos que hagan nuestra vejez tan hermosa y atractiva como sea posible. Si con ánimo juvenil nos interesamos en todas las cosas de nuestra vida y con generosidad en las de cuantos nos rodeen, llegaremos naturalmente sin mayor tropiezo a la deleitosa vejez que es el anhelado gozo de cuantos alcanzan esta última época de la vida.

Si examinamos cuidadosamente este asunto y advertimos que el carácter se forma y los conocimientos se adquieren por acumulación, nos convenceremos de que precisamente los últimos años de la vida han de ser los más gozosos, valederos y felices; pero su gozo y su valía resultan de haber vivido siempre de acuerdo con la naturaleza superior de nuestro sér. Proféticamente habló Browning al decir:

«Crece ¡oh! vejez conmigo. Todavía está por venir lo mejor: los últimos días de la vida, para los que se hicieron los primeros. En sus manos tiene la oportunidad quien dice: Tracé un plan completo del que la juventud sólo mostró la mitad. Confío en Dios y no temo».

Por su parte pinta Brooke Herford la condición de muchas gentes cuando dice:

«Hay personas que durante toda su vida cabalgan de espaldas, porque siempre están mirando hacia el pasado en que ven lo más valioso para ellos. Continuamente hablan de que el tiempo pasado fué mejor y de que en su juventud iban las cosas de otra manera. Les parece que ya no hay en el mundo caballerosidad ni heroismo ni tampoco son el verano y el invierno como en su tiempo eran. La vida les parece caída por entero en más bajo y vulgar nivel... Todo para

ellos es tan mezquino, desmedrado y miserable, que hiela y paraliza la vida y petrifica los naturales brotes de gozo que debieran acompañar a los nuevos dones que nos ofrece cada día».

Ciertamente que para nadie es lecho de rosas la vida. Hemos de resolver problemas cotidianos; hemos de ganar el pan; y si ya lo tenemos nos será preciso ganar el necesario conocimiento para acertar en el prudente empleo de nuestras riquezas. Cierto que la vida tiene sus desengaños y sus penas y por fin la muerte; pero lo verdaderamente hermoso es que a cuantos con ardoroso ahinco basen su conducta en las capitales realidades de la vida, les darán sus contrariedades la sabiduría necesaria para vencerlas con prudencia y fortaleza y obtener de ellas la debida compensación. Así dijo Enrique Drummond:

«Tarde o temprano advertimos que la vida no es fiesta, sino disciplina. Tarde o temprano echamos de ver que el mundo no es campo de juego, sino que con toda evidencia lo ha destinado Dios para escuela del hombre. En cuanto olvidamos esto, empiezan los enigmas de la vida.

Razón tiene Drummond, aunque también es verdad que podemos ser tan dichosos como nos quepa mientras estemos en la escuela. Siempre tendremos algo que aprender; pero acordémonos de lo que dice Ruskin:

«El placer dimana del trabajo y no de la pereza y la condescendencia con uno mismo. Quien ama el trabajo es feliz en esta vida».

La felicidad es nuestra natural y ordinaria condición. Es compañera de la rectitud, y la rectitud, en último término, es vivir de acuerdo con las leyes del universo y las de nuestro verdadero ser. Si nos esforzamos en obedecer estas leyes, le felicidad será la nota dominante de nuestra vida.

Inoculemos, por lo tanto, en nuestra mente el germen de la felicidad, pues cuando de ello contraigamos el hábito, nos será tan fácil como inocular los gérmenes de temor, tedio, disgusto y cinismo; pero los resultados serán mucho mejores. No pensemos en cosas desagradables, porque ningún bien han de allegarnos, sino que, al contrario, lisiarán nuestra mente y por lo tanto debilitarán nuestra energía sin razón ni beneficio alguno. Hemos de tomar la actitud mental más adecuada a nuestro ganancioso progreso, porque tal como pensemos así llegaremos a ser. En las cosas que nos rodean hay gozo y dicha para quien hallarlos sabe; pero solemos desdeñar la incidental felicidad que nos brindan. El mundo está lleno de cosas placenteras para quien recta y placenteramente se pone en relación con ellas.

Ningún pensador ni clarividente puede ser

apóstol de la desesperación. Nadie, en cualquier época o circunstancia de su vida, puede fracasar si reconoce que los resplandores de la aurora y los tintes del ocaso son tan brillantes y hermosos para él como siempre lo fueron para todos. No es posible fracasar si nos mantenemos siempre en valerosa y placentera actitud mental. Sólo fracasa quien capitula con la adversidad.

Levantémonos cada mañana con el propósito de ser felices. Renovemos esta disposición de ánimo siempre que nos asalten sombríos o dolorosos pensamientos o cuando el espectro de la naturaleza pasional se introduzca en nuestro aposento o se interponga en nuestro camino de ascensión a las cumbres divinas. Así condicionaremos los acontecimientos de cada día y nos adueñaremos de las circunstancias en vez de quedar sujetos a ellas.

Todo cuanto no pueda servirnos de auxilio, lo hemos de aceptar resignadamente o echarlo muy luego al olvido. Así dice Jaime Wihtcomb Riley:

«De nada sirve refunfuñar y quejarse. Más llevadero y fácil es alegrarse. Cuando Dios desata en lluvia las nubes ¿por qué no aceptar la lluvia? »

En estos cuatro versos resume el poeta la mitad de la filosofía práctica de la vida.

Dijo un pensador que en la vida hay dos cosas gemelas para las cuales nunca estamos debidamente preparados; pero quien las domina es dichoso cuando llegan. Dice Dickens que la alegría y el contento son hábiles hermoseadores y solícitos guardianes de las miradas juveniles. Cierto es que en la edad viril no darán belleza estos gemelos a quien en su ánimo los engendre, pero se manifestarán en sus juveniles miradas.

Por lo general demuestra tener el ánimo enfermo quien cree que sería feliz en otro estado o condición. Sin embargo, verdad es que con frecuencia necesitamos alterar la rutina diaria y salir alguna vez del camino trillado que ordinariamente seguimos. Bueno es apartarnos de cuando en cuando de nuestros habituales compañeros y amigos y aun de los parientes con quienes en el hogar convivimos. Es bueno para ellos y para nosotros, porque aguza los embotados filos del cariño. De la ausencia regresamos con renovados y muchas veces nuevos propósitos. Les apreciamos mucho más y ellos nos aprecian mejor a nosotros a consecuencia de estas mudanzas que limpian de telarañas nuestro cerebro, desentumecen nuestros nervios y por lo tanto enaltecen nuestros actos.

Las vacaciones periódicas, las excursiones y viajes con sus breves ausencias contribuyen de

este modo al acrecentamiento de la dicha. Pero es preciso que el espíritu de la dicha aliente en nosotros, porque de lo contrario no la encontraremos en parte alguna del mundo, por muy lejos que vayamos a buscarla. Así dice Lowell:

«Después de todo, el mundo que cada cual lleva en su interior es el más importante, pues el mundo exterior toma de él su gracia, valor y coloración.»

La vida no fuera tan compleja si no nos empeñáramos en complicarla. Necesitamos fe; necesitamos fortaleza; necesitamos levantar de cuando en cuando los ojos al cielo y los labios a Dios.

Al fin y al cabo sólo hemos de dar un paso cada vez. «Todos podemos llevar nuestra carga, por pesada que sea, hasta el anochecer. Todos podemos llevar a cabo la labor del día por dura que sea. Todos podemos vivir tranquila, paciente, amorosa y puramente hasta ponerse el sol, y esto es lo que en realidad significa la vida». Cada mañana es un nuevo principio. Todo consiste en hallar el modo de resolver los problemas y cumplir la labor de aquel día y disponernos a la de mañana, pero nunca antes de que el mañana llegue. Tal es el secreto de toda vida dichosa.

Y según transcurran los días y los años, recibiremos múltiples auxilios para resolver y afrontar cuantos problemas se nos presenten y circunstancias nos rodeen, de suerte que las allanemos prudente y valerosamente para obtener de ellas lo mejor que entrañen.

Y cuando nos avisen de que hemos de reunirnos con la «innumerable compañía» nos encontrarán dispuestos a la partida. Gozosos desecharemos la vieja vestidura y ansiosamente nos pondremos la nueva. No nos sobrecogerá el temor ni tendremos repugnancia, pues estaremos convencidos de que vivimos con Dios y con El hemos de vivir eternamente. Así tenderemos la mano en señal de bienvenida al mensajero que al darnos la noticia nos trae tan sólo bien. Partiremos alegres y reconoceremos que mucha razón tuvo Swedenborg al enseñar que aquellos con quienes nos ligó espiritual parentesco, y por lo tanto amamos predilectamente en la tierra, son los encargados por mandato divino de saludarnos, instruirnos y guiarnos al pasar a mejor vida.

Feliz y animoso y triunfador es siempre quien siente el toque de la invisible mano. En el sendero del Señor lleva los arreos necesarios para alcanzar la mejor ganancia.

THEOLOGY LIBRARY
SCHOOL OF THEOLOGY
AT CLAREMONT
CALIFORNIA

440157

#### INDICE

								=	Págs.	
Prefacio del editor.						٠			7	
Concepto de la vida.									II	
La potencia creadora d	del	pe	nsa	mie	nto				19	
El modo de vivir	4.1								39	
La potencia íntima					•				53	
Fundamento de la filos	ofía	ч	de	la	relig	gió	n.		75	
La mejor ganancia .						٠,			89	

# Colección de obras del Dr. MARDEN

♦ ♦ Formación del caracter
 Educación de la voluntad ♦ ♦ ♦



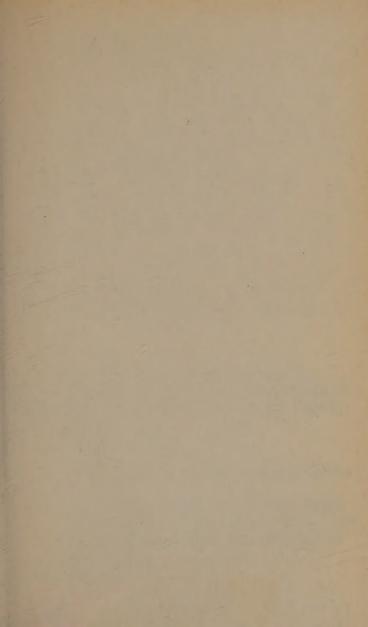
Tomo 1.º—¡Siempre adelante!

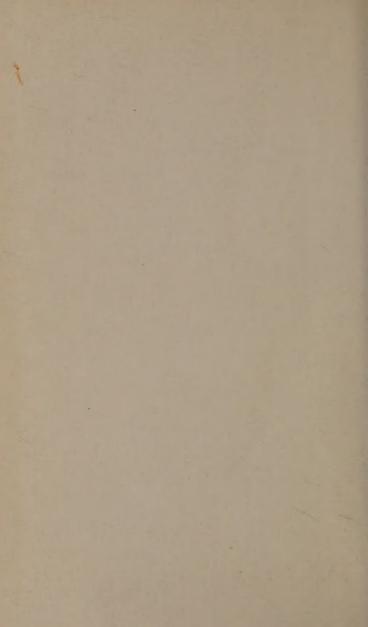
» 2.º—La alegría de vivir

En rústica 4 ptas. — Encuadernada 5 ptas.









BF 639 T6913 1913 Trine, Ralph Waldo, 1866-1958.

La mejor ganancia. Traducción di inglés por Federico Climent Terrer.

Parera, 1913.

100p. 19cm.

Translation of The winning of the

1. New thought. I. Trine, Ralph 1958. The winning of the best. Spartitle. III. Title: The winning of Spanish.

440157